

CRONICA TEATRAL

DE RENATO VALENZUELA

“Es de contarlo y no creerlo”

TAL COMO en época no muy lejana, el Diablo fue personaje que aparecía con frecuencia en la producción teatral de muchos países, en los últimos diez años los Angeles parecen haber desplazado a Lucifer de los escenarios, proporcionando tema, incesantemente, a comediógrafos y dramaturgos de distintas nacionalidades y escuelas. Hasta en Chile, algunos autores, como el malogrado Carlos Vattier, en “Al cielo se va de guantes”, y Miguel Frank, en “El hombre del siglo”, siguieron la moda, utilizando criaturas celestiales como agentes morigeradores de las bajas pasiones del hombre.

Ahora, Luis Alberto Heiremans nos ha presentado en el Teatro Camilo Henríquez una comedia con ángeles por partida triple. De los cuatro personajes que intervienen en la pieza, tres son alados, aunque el autor los presenta con todos los atributos de los hijos de Adán, y en su propósito de infundirles mayor aspecto de seres humanos, pasa por alto la biología angelical y les confiere distintos sexos: dos ángeles y un custodio. El antagonista de esta trinidad celeste es un diputado chileno, joven, acaudalado, amante de la buena vida y tenorio en grado sumo.

Con estos elementos, Heiremans plantea el risueño conflicto de esta obra, que él mismo clasifica como “cuento para el teatro”, y en la que una vez más pone de manifiesto su fluidez para dialogar, buena dosis de ironía y suaves tintes poéticos.

Las múltiples incidencias del argumento están delineadas con habilidad y hacen que el espectador se entretenga a través de su desarrollo, aunque, a ratos, la acción se detiene y pierde fuerza, como en la exposición del asunto, un tanto alargada y especialmente en el último acto, después que se ha marchado la heroína y se produce la escena final, excesivamente dilatada en consideraciones que sobran, no obstante la finura con que están expresadas.

Quizás la comedia adolece de excesiva extensión, lo que el autor podría remediar fácilmente podando algunos parlamentos y réplicas, lo que en nada perjudicaría la unidad de acción ni el significado de la fábula.

Hacemos estos reparos, que pasaríamos por alto tratándose de un comediógrafo de menor cuantía, porque Luis Alberto Heiremans es en la actualidad una de las figuras más destacadas de la producción teatral chilena, a quien debe exigírsele un perfeccionamiento técnico absolutamente depurado.

Se nos ocurre que, “Es de contarlo y no creerlo” es comedia escrita por Heiremans con anterioridad a su pieza dramática “Moscas sobre el mármol”, recientemente editada y aún sin estrenar, y cuya lectura nos produjo la más óptima impresión por su tema, su factura y observación de caracteres.

La interpretación de “Es de contarlo y no creerlo” ha sido cuidada y acusa un especial celo de Eugenio Dittborn, como director, para sacar el mayor partido de los actores, obteniendo un ancho rendimiento de Mario Hugo Sepúlveda, comediante que hasta ayer sólo había sido utilizado en papeles de reparto, y que ahora aborda un protagonista con relevante soltura y eficiencia. Muy en tipo, Mario Montillos, en el “custodio” sirviente, noble y pícaro a la vez. Maruja Cifuentes en su Angela otifal, con toda la gracia y la finura para decir las frases intencionadas que caracterizan a esta vallosísima actriz. En cambio, la Angela primavera de Mónica Araya resulta endeble por la rigidez y la inseguridad de que todavía adolece esta esbelta y agraciada debutante.

La escenografía y efectos de iluminación de Bernardo Trumper confirman en esta nueva oportunidad el merecido prestigio que se tiene ganado este fino artista decorador.